

Pietro Barcellona,
Posmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social,
Trotta, Valladolid, 1992

Osmar Gonzales*

El pensador comunista italiano Pietro Barcellona inscribe su polémica reflexión en lo que llama el tercer capitalismo y el intento homologador de la democracia occidental, así como de su más fina elaboración intelectual representada por Niklas Luhmann y el "monismo sistémico". Enfrentándose a la hegemonía de una visión sobre el hombre calculista y egoísta, y al dominio que está tomando la técnica (por encima de los hombres). Barcellona remarca la necesidad de recuperar lo que llama la vinculación social, esto es, la idea de comunidad humana más allá de exclusiones y marginaciones.

Desde el punto de vista teórico, rechaza la propuesta del cálculo racional porque responde a la lógica de la modernización tecnológica. Propone un regreso, que no tiene nada de nostálgico, a repensar los vínculos sociales que pueden dar lugar a una nueva comunidad en la que la diferencia sea legítima.

Los temas que aborda el autor son variados: la dialéctica modernidad-modernización, la ficción jurídica que reconoce la igualdad de los individuos, la violencia cuasi primitiva que emerge en nuestra época, el problema tecnológico, el racismo, la alteridad, la democracia y el conflicto, entre otros. En el nudo básico de la argumentación de Barcellona hay un intento fundamental por proveer de antropología a la política actual, invadida por la lógica sistémica. De ahí su propuesta de construir una nueva comunidad.

Su diagnóstico del mundo actual es bastante sombrío. Sostiene, en primer lugar, que la modernización, mediante la neutralización técnica del mundo, ha anulado un problema central: el de los orígenes. En efecto, la modernización trata de que los hombres sean "hijos de sí mismos", buscando que el origen esté a su disponibilidad y manipulación, como si fuera un artefacto. En ese plan nada puede ser diverso. El poder es entregado a un soberano único ("la fijeza, la identidad, el Uno"), que expresa el desarraigo y la pérdida de todo vínculo social y de toda dependencia.

La modernización, que es innovación de muchos campos, está referida esencialmente a la organización del proceso de producción y a la forma de trabajo. Implica la despersonalización y abstracción del proceso productivo. En la segunda fase de la revolución industrial, como ya no hay motivación para el trabajo (porque se vuelve serial, repetiti-

* Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de México.

vo), el sistema político moviliza nuevamente el mito (como el nacionalismo o el racismo, por ejemplo). En la fase actual, del tercer capitalismo, donde se agota el conflicto entre capital y trabajo, la modernización representa la "generalización extrema del sistema de las relaciones funcionales", pareciendo incluso que quien organiza la conexión entre las técnicas productivas particulares es la propia técnica: "la organización técnica de la técnica".

En el interior de todo el contexto descrito, el *sistema de producción de sentido* (ligado a la comunicación social, a los vínculos de pertenencia, etc.) se empobrece a medida que se extiende el *sistema de las relaciones funcionales* en el proceso productivo. Éste, entonces, se presenta como un "gran flujo informático" que destruye los espacios tradicionales y anula las diferencias temporales con una inaudita "aceleración del tiempo".

Este modo de producción tan abstracto desemboca en el consumo masivo individual. "El nuevo cemento de una sociedad atomizada es la ideología consumista" [p. 24], y ya no las normas sociales, como afirma Elster. De esta manera, la lógica y la forma de producción ocupan los ámbitos tradicionalmente habitados por las relaciones de grupo, la solidaridad y la amistad. Entonces, la nueva contradicción ya no es entre capital y trabajo, sino entre el sistema de las relaciones funcionales, despersonalizadas e indiferenciadas, y las instituciones donde están los individuos físicamente, donde pervive la necesidad de "sentido particular", esto es, la comunicación interpersonal, la relación con la naturaleza, etc. El neoliberalismo trata de neutralizar esta contradicción orientando los impulsos emotivos de las masas hacia formas regresivas y autoritarias de identificación con el líder carismático dentro de un escenario de política-espectáculo.

El presidencialismo y la democracia plebiscitaria son formas de la modernización impuesta por la revolución tecnocrática. Como afirma Barcellona, la política devenida espectáculo y el decisionismo son desestructurantes: "de toda idea de comunidad, de toda capacidad de autorrepresentación social, de todo intento de determinación de los contenidos y las identidades que definen vinculaciones sociales y opciones alternativas y valiosas sobre los problemas de la vida colectiva". [p. 25]

El presidencialismo es un poder en sí y por sí, sin contenido ni programa. Por su parte, la democracia plebiscitaria, la delegación en blanco, es el neautoritarismo y el neocentralismo que adopta la modernización de una sociedad que ya no es capaz de representarse en el plano de los contenidos y de los conflictos llevados a cabo por actores visibles.

La libertad, que significa decisión, es disociarse del todo. Por ello, un proyecto basado en ella no puede aspirar a convertirse en Estado. Cumplir el destino de libertad puede llevar al resultado de la organización tecnológica, donde la libertad se transforma en pura contingencia, pues el actuar individual y colectivo está totalmente planificado. Desaparece así el sentido, y esta desaparición se institucionaliza en la capacidad del sistema de perdurar prescindiendo de toda relación con los seres humanos: "La desaparición del sentido, de los valores y de la justicia ha destruido toda pretensión del sujeto de contar como persona". [p. 27]

Coherente con esta realidad aparece la propuesta de Luhmann y el “monismo sistémico”, en donde la ley ya no es necesaria porque todo se ha convertido en regla de juego. El sistema ha pasado a ser el nuevo sujeto fuerte. El tiempo, de ahora en adelante, será el tiempo de la continua repetición de lo ocurrido: “El destino de la modernidad, de su contradicción originaria, parece cumplirse pues en el monismo del sistema capaz de autolegitimarse al margen de cualquier finalidad externa y de toda referencia a vinculaciones de contenido”. [p. 28]

El objetivo de la política moderna es poner fin a la guerra civil. A final de cuentas, éste es el problema del orden social. En los tiempos actuales, sentencia Barcellona, se despersonaliza el poder, se libera el Estado de todo condicionamiento iusnaturalista y de cualquier finalismo comunitario. Las garantías de la “neutralización” son la representación política, el contrato de intercambio y el derecho. Y éste, que había sido el principal protagonista en la desteologización de lo político, se transmuta en “artificio”, en regla de juego, se vacía de contenido y se convierte en técnica formal.

Respecto a la violencia, el autor italiano precisa que se ha vuelto primitiva, expresándose como “aversión pura hacia cualquier ‘extrañidad’ que asume las apariencias de un objeto o de un rostro ajeno, diferente”. [p. 76] De esta forma, la violencia ha perdido el nexo que antes exhibía con la revolución, con lo social. Ahora, la discusión es entre la “solución técnica” (las reglas, lo formal-jurídico, procedimientos) y la preocupación por las “cosas últimas”. El fin de la violencia social, con connotaciones sociales, quizá abra paso a una redefinición entre el yo y el otro, entre el igual y el distinto.

Por otra parte, los problemas de la identidad y del racismo están íntimamente ligados. Paradójicamente, la identidad (personal o social) no se puede construir sin reconocer la diferencia, pero, al mismo tiempo, esta diferencia hoy en día es considerada como una amenaza que, expresada en rechazo se vuelve aniquilación, disolviendo a la propia identidad. Lo único que puede salvarnos de esta trágica disyuntiva es la conformación de un “terreno común”, que una, pero se resguarde de confundir. Esto se replantea por los procesos de homologación/homogeinización, el universalismo abstracto del dinero y los derechos. Por eso ahora es central el problema racial.

El problema racial está presente en nosotros como un nudo no resuelto del vínculo social. Pone a prueba a nuestra civilización. La violencia racial manifiesta la perversión vinculada a la concepción del sujeto moderno, es decir, que reconoce sólo al idéntico, al parecido a uno. Y esta violencia conlleva un plus de agresividad. Al destruirse al otro como persona, el cuerpo ajeno es considerado sólo como “máquina de trabajo” o como “máquina erótica”. Por todo ello, la lucha por la multiracialidad es la lucha por una nueva universalidad.

Barcellona es muy agudo cuando señala que aproximarse al otro implica renunciar a la propia voluntad de poder; de persitir esta voluntad se llegaría o a negar al otro o asimilarlo. Aproximarse al otro es *dejar sitio al otro*, dentro y junto a nosotros. Pero para encontrar al otro hay que repensarse a sí mismo. El rechazo a la identificación no es lo mismo que la negación del otro. El rechazo puede abrir espacios, hace posible al otro en su

diferencia. La diferencia es el espacio de la identidad unitaria, exigencia a tomar la palabra. La negación anula la existencia del otro, de lo exterior al yo.

Desde el terreno de la política, Barcellona sostiene que el tema de la democracia es inseparable de los valores y del poder constituyente. Si bien la democracia occidental ha explicitado, por medio de sus constituciones, su carácter formal (de derechos y procedimientos), la cuestión de fondo es el problema del poder constituyente, el significado y alcance de la soberanía democrática. El tema de la democracia es el de los *vínculos* que hay que fundamentar con base y principios sustanciales, reivindicando los vínculos sociales.

En la medida en que el conflicto expresa la necesidad de tomar la palabra, de dar valor a algo aún indefinido, que expresa nuestra necesidad de individualidad y de generalización (comunicación); que no es antagonismo en abstracto, sino en la forma concreta en que se produce la socialidad del orden en que vivimos, es que se centra en la necesidad de crear un "orden nuevo". En ese orden nuevo, libertad (entendida como separación del todo) y comunidad ya no serían conceptos antagónicos: "La libertad se convierte en la medida de un vínculo social libre y de la determinación positiva de fines comunes". [p. 136] Es necesario construir una *comunidad* basada en las *diferencias*, sobre conceptos nuevos de necesidad y libertad. En este orden hay que resituar el conflicto.

Sin atender el problema del conflicto es imposible devolver un "sentido a la vida" a cada individuo. Hay que ubicar al individuo al interior de una comunidad. Desde esta necesidad de relación profunda con el saber del hombre y de sus vinculaciones sociales emerge la crítica a la racionalidad utilitaria y calculista, característica de la modernización tecnológica.

Si bien el panorama pintado por Barcellona es tremendamente sombrío, este autor tiene una esperanza que debería ser discutida, pues afirma que el comunismo —así como la palabra libertad— debe pervivir "como expresión de un nuevo orden social en el que no se dé ya la explotación desenfrenada del hombre y la naturaleza". [p. 56] La desenfrenada expansión del consumo y el crecimiento de las desigualdades entre norte y sur, sostiene Barcellona, está siendo carcomida por la cuestión del "vínculo social", de la búsqueda de un terreno común no irreductible a la manipulabilidad ilimitada de la técnica.

La opción de Barcellona aparece en un momento en que la tendencia autoritaria de la globalización pretende ofrecer como única opción a un tipo de hombre calculador, egoísta, desencantado, conservador y subsumido por el sistema. La obra reseñada abre otras posibilidades que, aun cuando ahora estén en la marginalidad, pueden ser alternativas para el mundo pesimista de hoy.